

EDITORIAL

AMOR Y PAZ

Juan XXIII ha sido el hombre del amor y de la paz, que busca la paz por la vía del amor, lanzando su doctrina como llama encendida de caridad que funde herrumbre de incomprensión, como luz y aliento para implantar el dar a cada cual lo suyo "si se quiere que la cuestión social avance por unos caminos más conformes con las necesidades actuales".

"La convivencia humana es y tiene que ser considerada, sobre todo, como una realidad espiritual: como comunicación de conocimientos en la luz de la verdad, como impulso y reclamo hacia el bien moral..., como permanente disposición a comunicar los unos a los otros lo mejor de sí mismos, como anhelo de una mutua y siempre más rica asimilación de valores espirituales" (Pacem).

Como símbolo del agradecimiento del mundo a Su Santidad Juan XXIII por el regalo de la Encíclica "Pacem in terris", el 10 de mayo último se le hacía la entrega del Premio Balzán de la Paz, de manos del Presidente italiano Segni. Quiso el Papa que la entrega oficial se celebrara sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles; aceptaba la distinción como galardón concedido a la Iglesia católica por su campaña ininterrumpida en defensa de la paz. Y así lo iba a subrayar en el discurso de agradecimiento, al mencionar a Pontífices anteriores, verdaderos "autores de la paz".

La Iglesia, recogiendo el mensaje angélico de la media noche en Belén, lo prolonga a través de los siglos y trata de defen-

der el delicado don de la paz, amenazado constantemente y como en perpetua búsqueda de lugar más tranquilo.

La importancia y trascendencia de la paz la pondera Juan XXIII con estas frases de S. Agustín: "Tan grande es el don de la paz que aun en las cosas terrestres y mortales nada se puede enumerar que sea más agradable, nada buscar que sea más deseable, nada encontrar, en fin, que sea mejor." ¡Cómo permanece universalmente verdadera esta frase del gran Doctor!

"La Iglesia cree en la paz, y no se cansará de recordar a los hombres de Estado responsables y a los políticos que hasta las complicaciones económicas y políticas actuales pueden resolverse en forma amistosa, mediante la buena voluntad de las partes interesadas" (Pío XII a "Pax Christi", 13-IX-1952). Y porque la Iglesia cree en ella, la predica y la defiende, y se esfuerza en prevenirla, para no tener que llorar su desaparición.

En cambio, cabe preguntar si los dirigentes de las naciones desean sinceramente la paz. De fiarse del lenguaje, sí; porque hasta se ha abusado del concepto modernamente, en el sentir de Pío XII. Pero entonces, ¿han perdido los hombres la cabeza? Está demostrado que por las armas no se ha solucionado, a la larga, ningún conflicto; está admitido que "la paz fundada sobre la fuerza, no es humana" (Pacem); y, sin embargo, el mundo se ha lanzado a una carrera de armamentos a ritmo acelerado: "¡Cómo contrasta con el orden maravilloso del Universo el desorden que reina no sólo entre los individuos, sino también entre los pueblos! Parece que sus relaciones no pueden regirse sino por la fuerza" (Pacem). Equivocadamente. Por eso "vemos no sin gran dolor cómo están fabricando, en las naciones económicamente desarrolladas, enormes armamentos y cómo a ellos se dedica una suma inmensa de energías espirituales y materiales; de lo cual se sigue que mientras los ciudadanos de estas naciones han de soportar gastos nada llevaderos, otros pueblos quedan sin las ayudas necesarias para su progreso económico y social" (Pacem).

Se crea tensión de guerra; hay que "justificar" ante la nación propia y ante las naciones las inversiones astronómicas en material bélico, y se da el cruel sarcasmo de que hay que hacer

la guerra porque hay material construido; no al revés, que sería lo único defendible.

★ ★ ★

En el problema social, Juan XXIII ha sabido estar en línea con sus grandes Predecesores. En su breve Pontificado ha buscado la ocasión propicia o ha aprovechado circunstancias oportunas para advertir de la gravedad del problema social y apuntar certeras soluciones en cada momento.

Son múltiples sus Alocuciones a los Profesionales. Su corazón abierto a todos no le permitía negarse a la comunicación. Sin duda, no tendrán la elaboración y altura intelectual de las de Pío XII, pero sí la oportunidad y, sobre todo, la cordialidad que facilitaban la honda penetración en el alma.

Pequeñas manifestaciones como "floreillas", cargadas del aroma de un intenso sentido social, podrían recogerse multiplicadas: sus visitas a los presos, a los niños del hospital, a los suburbios romanos, su preocupación por el sueldo del jardinero del Vaticano, de los de la silla gestatoria...

Se dijo que Pío XI, dada su edad avanzada, en 1931, lanzó su magnífica Quadragesimo Anno, sin esperar el 50 aniversario de la Rerum Novarum. Y que Juan XXIII, por idéntico motivo, no esperó a los setenta y cinco años de la publicación del Documento, providencialmente. La Mater et Magistra tuvo una acogida impresionante en todo el mundo. Concretamente en España ningún otro Documento pontificio, hasta el presente, ha tenido tantos y tan valiosos comentarios.

Es, ante todo, una ratificación solemne de lo expuesto por León XIII, Pío XI y Pío XII, verdaderos "autores de la paz". Pone al día la doctrina de la Iglesia "uniendo la tierra con el Cielo"; fomenta en el hombre la aspiración a la Suma Verdad, pero empujándole a buscar la verdad relativa en este mundo; en todas las ramas de la ciencia, concretamente en el mundo económico-social, donde la Iglesia "tiene no sólo el derecho, sino el deber de pronunciar su autorizada palabra"; sencillamente porque si bien es verdad que las leyes económicas deben cumplirse, pero "esto debe hacerse en el ambiente del or-

den moral, porque el mundo económico es una creación del hombre”.

La gran Encíclica social de Juan XXIII está fechada en un 15 de mayo; es ésta fecha consagrada; Rerum Novarum, Quadragesimo Anno, Mater et Magistra. Son las tres grandes Encíclicas sociales de los tiempos modernos: abarzo de la Iglesia de Cristo a los trabajadores; más agrandado en el documento de Juan XXIII: sin olvidar a los trabajadores del mundo industrial, tiene una mirada lenta y amorosa para la agricultura, “sector deprimido”, y para los pueblos subdesarrollados, lanzados hacia una libertad sin la preparación conveniente para disfrutarla. Son los dos puntos de mayor novedad en Juan XXIII, ¿los más hondamente vividos por el campesino de Sotto il Monte y el diplomático de confianza del Vaticano?

* * *

Subrayemos algunas de las características de su modo y de su estilo: de su personalidad.

—Intenso sentido social. Está puesto de relieve en el haber encontrado sosiego, en su breve Pontificado de actividad desbordante, para lanzar un Documento estrictamente social, en línea con los Pontífices “Sociales”, ratificado en diversos puntos en *Pacem in terris*. Y en haberlo vivido con una sinceridad tan limpia, aun en las pequeñas cosas de cada día, que, a imitación del Maestro, se puede afirmar de él, sin ser desmentidos por las clases populares, que “pasó haciendo el bien”.

—Entrañable naturalidad; que ganaba la confianza del pueblo y no desdecía ante el mundo diplomático.

—Conocimiento de la realidad. Como acuciado por el pensamiento de que la altura del Vaticano le pudiera aislar de la vida, improvisaba sus salidas más allá de sus pequeños Estados: el suburbio, la cárcel, el hospital, el Santuario de Loreto y la ciudad de Asís.

El problema de la paz lo plantea en toda su actualidad, cuando las armas nucleares y los cohetes de largo alcance, in-

vocando serenamente poderosas razones para superar situaciones de tirantéz.

El programa de política social agraria es tan completo que parece vivir al día las inquietudes por los precios, la higiene atrasada, los impuestos subidos, los difíciles transportes...

—Marcadamente práctico. Esbozados suficientemente los principios, aterriza pronto en los medios prácticos. Animando a la acción urgente; rebate la postura de la espera inoperante, añorando "lo mejor", y sienta como principio que "el bien posible es obligatorio".

—Competencia científica. No desprecia la formación intelectual y el valer científico. No basta la luz de la fe; ni basta el deseo de hacer el bien para inspirar la vida civil con rectas normas y cristianos principios; hay que entrar dentro de las asociaciones para una acción eficaz. "Pero como la actual civilización se distingue, sobre todo, por la ciencia y los inventos técnicos, nadie puede entrar y actuar eficazmente en las instituciones públicas si no posee el saber científico, la idoneidad para la técnica y la pericia profesional" (Pacem).

—Espíritu renovador. Sabe de apertura y la vive, pero bien medido el límite de su frontera. Frente a los que quisieran, en la vida económica, social, política, cambios radicales y súbitos, por medio de la revolución, Juan XXIII invoca, una vez más, en la línea del Pontificado, la evolución, que no es conformismo, ni miedo a la acción, ni renuncia a justos derechos. En la última parte de su Encíclica, en las recomendaciones pastorales, exhorta a los católicos "a que participen activamente en la administración pública y cooperen al fomento de la prosperidad de todo el género humano y de su propia nación".

Por una parte, reconoce "que lo que se ha alcanzado no basta para lo que exigen las necesidades, y queda, por tanto, mucho por realizar o mejorar, tanto en las empresas productoras, en las asociaciones sindicales, en las agrupaciones profesionales...". No cabe la postura de no hacer nada esperando lo mejor; hay obligación de realizar el bien posible. Pero no faltan hombres de gran corazón que, encontrándose frente a situaciones en que

las exigencias de la justicia o no se cumplen, o se cumplen en forma deficiente, movidos del deseo de cambiarlo todo, se dejan llevar de un impulso tan arrebatado que parecen recurrir a algo semejante a una revolución. A estos tales quisiéramos recordarles que todas las cosas adquieren su crecimiento por etapas sucesivas, y así, en virtud de esta ley, en las instituciones humanas nada se lleva a mejoramiento, sino obrando desde dentro, paso a paso."

A continuación cita las frases de Pío XII: "No en la revolución, sino en una evolución bien planeada, se encuentra la salvación y la justicia. La violencia nunca ha hecho otra cosa que destruir, no edificar..."